



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# Michel Mollat. Les Pauvres Au Moyen Age Étude sociale. Hachette, 1978

Autor:

**Nilda Gullielmi**

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

**1977 - 79, 20 pag. 231 - 239**



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

MICHEL MOLLAT. LES PAUVRES AU MOYEN AGE  
ETUDE SOCIALE. HACHETTE, 1978

por

Nilda Guglielmi  
CONICET

Este importante libro de Michel Mollat comienza indagando el tema desde la supervivencia de la pobreza de la Antigüedad tardía en el mundo bizantino aunque se aprecia una transformación que se puede definir: “de la generosidad antigua a la caridad cristiana”[p. 32].

El pensamiento de los Padres cristianos es fundamental en la posición del mundo romano de Oriente y Occidente respecto de la pobreza. En ellos “las nociones paganas de humanidad fueron filtradas y acomodadas al principio de la caridad”[p. 32].

Estos pensadores realizan también la distinción entre pobreza e indigencia pues casi todos ellos —sobre todo los Padres griegos— estaban ante el plural espectáculo que ofrecía la precariedad económica en la ciudad.

Analiza luego Michel Mollat la suerte que los desheredados de la fortuna sufrieron en los siglos VI a XI, en las sociedades merovingias y carolingias.

Las fuentes merovingias son de carácter eclesiástico: vidas de santos, disposiciones conciliares, narraciones de milagros, traslación de reliquias, obras teológicas. . . A través de todas ellas conocemos la existencia de pobres estructurales y pobres coyunturales. Sobre la suerte de éstos influyeron especialmente una serie de circunstancias: pestes, guerras; sobre todos: la mala nutrición.

En la época se conoce una gran extensión de la mendicidad. Hay un gran desprecio desde el punto de vista social, cultural y moral hacia los pobres.

En los tiempos carolingios se encuentra una gran matización de los grados de pobreza. Los pobres trabajadores conocieron la potencia de los señores y muchas veces esa presión los llevó a la mendicidad y al vagabundeo.

El deber de la limosna se expresó en medidas determinadas que corrieron por cuenta de la Iglesia. El obispo puede ser llamado en ese momento, el padre de los pobres. Distribuye limosnas y con frecuencia —puesto que de ordinario se trata de personas de condición aristocrática— lega sus bienes a su grey más desprovista. El auxilio se ofrece a los pobres que estén inscriptos en listas, se llaman por tanto *inmatriculados*.

Poco a poco esta institución —la matrícula— fue cayendo en desuso, el auxilio caritativo será considerado como obligación de las fundaciones monásticas. Cualquiera sea la forma en que se exprese la caridad, la reflexión persiste proponiéndose el sentido de la existencia de los pobres y de la beneficencia y la limosna.

Las instituciones monásticas son luego las que recogen el deber de hospedar y atender a los desvalidos. Se organiza en los monasterios benedictinos una compleja organización de las formas de hospitalidad. Asume características especiales cuando se refiere a huéspedes importantes. Pero también toma en cuenta a los pobres, ya hospedándolos, ya realizando la distribución diaria de limosnas.

La situación de los pobres sufrió una transformación desde fines del siglo X. En primer lugar se produce un aumento en el número. Sobre los trabajadores campesinos se hace sentir la potencia de los señores, lo que lleva al afán de paz que se expresa en los grandes eclesiásticos.

En el período comprendido entre el fin del siglo XI y el comienzo del XIII muchas actitudes se modifican porque —como dice Michel Mollat— “Entre la generación de Pedro el Ermitaño y la de Francisco de Asís el lugar de los pobres en la sociedad, la noción que se tenía de su estado, la actitud observada a su respecto, han cambiado notablemente”[p. 75].

Entre otras circunstancias, hay que tener en cuenta: la expansión demográfica, la insinuación de la economía monetaria incluso en el campo, la quiebra de la familia patriarcal y de las estructuras jerárquicas en beneficio de las fraternidades horizontales. En todo ese período —agudizándose en el siglo XII— se aprecia una gran frecuencia de calamidades: hambres y mortalidades consiguientes. Aparece entonces el “mal des ardents” y se llega a la concreción iconográfica del tipo de pobre: tal como se lo presentará bajo la advocación de San Lázaro. En el siglo XII las familias aristocráticas sufren las consecuencias de la finalización del impulso expansivo. Sus miembros menores, los *juvenes*, tienen que buscar su *modus vivendi* de manera errante y especialmente en la conquista de la rica heredera. La ciudad recoge a los pobres expulsados del campo por malas cosechas, deudas, etc. y les ofrece actividades en sus gremios, actividades no calificadas y mal remuneradas.

En todo este período se mantienen las actitudes de humillación y desprecio hacia el pobre identificado de ordinario con el rústico. La participación de los pobres en las cruzadas, de tan poca eficacia, los descalifica enormemente. La renovación del eremitismo hace que se produzca una coincidencia entre el pobre y el ermitaño en el modo de vida que uno sufre y el otro ha elegido. A uno se impone el despojamiento, el otro va hacia él voluntariamente.

Pero el siglo XII conocerá el fin de la pacífica actitud de los desvalidos. Aparecen extraños jefes que adoptan actitudes mesiánicas y mueven multitudes de pobres —generalmente campesinos— en coyunturas difíciles. Adoptan tono profético y revolucionario aunque en general tienen poca vida dado su escaso contenido doctrinal.

Todas las órdenes monásticas se preocupan por las obras de caridad aunque pesen enormemente sobre los ingresos de la casa. También los grupos canónicos se plantean el auxilio de los desvalidos. Ese auxilio se expresa sobre todo en un dominio especial, la atención médica. Se produce también el desarrollo de la hospitali-

dad de ruta que está a cargo de los “hermanos pontífices” que no sólo construyen casas hospitalarias sino también cuidan caminos y puentes.

Hay en la época una proliferación de órdenes con diferentes y específicos objetivos: auxilio a los niños expósitos, redención de cautivos. . . También entre los señores —del rey abajo— se da una emulación caritativa. Esto trae como consecuencia la multiplicación de pequeños hospitales. Inclusive las autoridades comunales, se preocupan por los pobres. Preocupación que implica espíritu caritativo pero sobre todo cuidado de la salubridad pública.

Jacques de Vitry en su *Historia Occidentalis* presenta un cuadro de los diferentes grupos de pobres de la sociedad occidental del siglo XIII que implica también el problema de la inserción social de esos individuos. Se alude al grupo de los goliardos, no se estaba lejos de la conexión entre pobreza y herejía. El siglo XII vuelve a reflexionar sobre la probeza teniendo en cuenta las *auctoritates* que precedentemente lo habían hecho. Jacques de Vitry esboza una definición: “La condición de los pobres —dice— es tal que ellos adquieren su subsistencia cotidiana por medio del trabajo de sus manos, sin que les quede nada después que han comido”[p. 133]. Se reconoce al pobre una función y consecuentemente también un valor espiritual. Se recuerda la comunidad natural de los bienes terrestres que debe expresarse en la compensación de la limosna. Los pensadores religiosos se plantean y justifican la apropiación de lo necesario por parte del pobre, aunque sea por medio del robo. A pesar de todas estas concesiones siempre se considera la condición de pobre desordenada y poco deseable para la sociedad, propicia al pecado.

Un nuevo planteamiento se realiza en el período que se extiende entre San Francisco y la Peste Negra.

San Francisco y Santo Domingo han dejado una novedad: la concepción del pobre como un ser vivo inserto en un medio particularmente móvil, la ciudad. El pensamiento de cada uno de ellos implica una gran dosis de tradición y, a veces, de novedad. En esta novedad, un elemento constitutivo de la mayor importancia es el valor humano del pobre y la sacralización del modelo de Cristo. A través de la predicación que llevaron a cabo con tanto celo realizaron la educación de conciencias que preconizaba el IV Concilio de Letrán. Se insiste en la necesidad de dar y de dar cortesmente y con respeto por el otro.

Ese movimiento religioso contamina los medios laicos y se produce un gran número de fundaciones no-religiosas. La institución de la *aumônerie* fue adoptada por obispos y grupos de canónigos, además por reyes y señores e incluso por gremios poderosos.

Los hospitales de ese momento reciben, hospedan y cuidan a los pobres a quienes se llama —en los estatutos— “nuestros señores. . .”[p. 178]. Esas casas implican una determinada organización, muy cuidadosa respecto de número de hospedados a acoger, comodidades materiales, asistencia médica, número de asistentes religiosos, su vida, obligaciones y conducta.

La limosna guarda por otra parte su carácter personalizado. Las mandas testamentarias son frecuentes. En el medio burgués la donación toma formas de economía monetaria. Es importante la monetización de la limosna no sólo en su aspecto

económico sino también social y moral. En todo caso, comporta una compensación.

El capítulo IX titulado *Realidades y decepciones* plantea con inteligencia y sutileza los matices que presenta la pobreza ante los acontecimientos que desde comienzos del siglo XIII escalonan una serie desdichada que desembocará en las profundas crisis de los siglos XIV y XV.

Hay grupos especialmente castigados en este momento, por ello Mollat puede subtítular el capítulo: *La pobreza laboriosa*.

Se unen —para configurar una situación difícil para los pobres trabajadores— las calamidades naturales pero también “la malicia de los hombres” que se expresa de mil maneras, tales como el alza artificial de precios, la explotación del trabajo manual.

La reacción de los individuos sometidos a esas presiones produjo lo que se llaman sublevaciones populares, aunque en ocasiones, si bien protagonizadas por trabajadores urbanos, esas explosiones fueron canalizadas por grupos medianos y grandes de la ciudad que aspiraban al gobierno indiscutido de la misma.

Hambrunas, precios elevados, variaciones monetarias, son elementos que se conjugaron a comienzos del siglo XIV en una extensa geografía: Países Bajos, Península Ibérica, Inglaterra, Francia, Italia.

A todo esto se agregó un importante factor de presión que determinó la gran sublevación del Flandes marítimo que se extendió entre 1324 y 1328. Ese factor fue la carga fiscal expresada en impuestos.

El siglo XIV es signado por calamidades que, aunque localizadas, configuran un panorama de desastre en toda Europa. Miseria en Florencia luego de una inundación en 1333, malas cosechas en España y Portugal en ese año y el siguiente con la lógica hambruna en esas regiones. En la Alta Provenza, las alternativas climatológicas de los años 1340 y 1347 que trajeron el endeudamiento consiguiente, desplazaron a numerosos campesinos que se dieron al vagabundeo o que recurrieron a la mendicidad.

El año 1347 fue particularmente duro en Europa por hambre, especulación y carestía. Esta era la situación en vísperas de la gran peste de 1348.

Analiza luego M. Mollat las características y condición de los pobres determinadas por circunstancias estructurales. Se trata de pobres trabajadores que pueden diferenciarse entre pobres de la ciudad y pobres del campo. En cada uno de esos ámbitos el número de desvalidos se acrece por distintas causas.

En la ciudad —sobre todo en las ciudades tejedoras, el ejemplo podría ser Florencia— el asalariado se encontraba a merced de un empleador.

Desdichadas alternativas personales o coyunturales podían arrojar al artesano de una situación de precaria subsistencia a la indigencia. Las ciudades italianas presentan numerosos ejemplos de *sottoposti*, de sometidos a los poderosos gremios gobernados por el *popolo grasso*, por los grupos plutocráticos. Sus pedidos de mejoramiento salarial implicaban necesidades vitales puesto que sus pagas permitían sólo una dieta de mil calorías diarias.

Por tanto, a las circunstancias tradicionales que determinaban pobreza (enfer-

donaciones— sufre una transformación, los abusos de administración anulan o tergiversan en muchas ocasiones su función.

Se pregunta Michel Mollat acerca de la armonía entre la realidad y el pensamiento que teorizaba sobre la pobreza. No olvidemos que la querrela dentro de la orden franciscana, la transformación y derivación de los *fraticelli*, determinó una desconsideración de la pobreza, éstos querían verla como equivalente de la perfección mientras que sus oponentes sólo la reconocían como camino para la virtud. En general los santos predicadores presentan al pobre como un mal necesario de acuerdo a la concepción tradicional, sólo el dominico Taddeo Dini innova. Para él los pobres no son seres pasivos sino activos, que merecen justicia y salario honesto y digno. Pide para ellos esperanza terrestre y no sólo compensación celeste.

Los pobres encontrarán canalización para sus ansias y aspiraciones en movimientos heréticos y pauperísticos.

Aparecen también pensadores que presentan verdaderos planes de lucha para desterrar la pobreza. Por ejemplo Arnaldo de Vilanova o Raimundo Lulio. Planes que quedaron en el plano teórico. La desazón y a veces la furia de los pobres encontraron profetas e incitadores que los llevaron a la revuelta. Y en muchas ocasiones fueron utilizadas por demagogos que burlaron sus esperanzas.

El siglo concluye sin que se haya modificado la opinión sobre el pobre, porque —como se lee en el *Roman de la rose*— “quien es pobre, en cualquier lugar esté, está siempre triste y avergonzado” [p. 231].

La cuarta y última parte del estudio del profesor Mollat comprende el período que se extiende desde mediados del siglo XIV a comienzos del siglo XVI. En este momento se impone la consideración de la Peste Negra que diezmó a la población de toda Europa pero que cayó especialmente sobre los pobres, al parecer en la proporción de dos pobres por cada rico, al punto que puede hablarse de “epidemia proletaria”. Incluso los contemporáneos, como Guy de Chauliac, entendieron el carácter selectivo de esta enfermedad. Simón de Couvin señaló como uno de los factores más importantes la mala nutrición.

Las consecuencias de la peste transformaron situaciones, determinaron alza de remuneraciones acompañada por una elevación del costo de la vida. Al parecer el período comprendido entre 1350 y 1360 fue una época favorable a los asalariados. Matteo Villani se levanta contra la pretensión de los *minuti* de aprovechar “la excesiva abundancia de cosas” [p. 244].

Sueldos, compensaciones, precios, fueron objeto de la legislación de casi todos los gobiernos que en este momento intervienen particularmente en los problemas sociales, tratando de frenar el vagabundeo y la mendicidad.

Pero los pobres sufrieron pronto las consecuencias de la limitación de los salarios, las devaluaciones monetarias repetidas, la elevación de los precios y los impuestos destinados a la guerra de los Cien Años. Se derramaron con fuerza en el movimiento de Etienne Marcel y en la Jacquerie. El medio urbano —en particular los sectores tejedores— favoreció las revueltas que estallaron una vez que la próspera década, 1350-1360, terminó. Se inauguró entonces un período —1378-1420— en que estallaron coléricos movimientos en los más diversos lugares: los *ciompi* en

medad, vejez, etc.) se agrega la que aparecía golpeando a las personas que ejercían un oficio de manera regular.

Pero también en el campo aparecieron nuevos grupos de pobres. La campaña se vio afectada por el desnivel creciente de las fortunas. Entre las causas de la pobreza rural que señala M. Mollat se cuentan: insuficiencia de las explotaciones campesinas, precariedad del empleo, fortificación de los lazos de dependencia y endeudamiento.

Los predios que habían de alimentar a las familias campesinas eran claramente insuficientes, entre tres y seis hectáreas. Esta circunstancia constreñía a los labriegos —aunque fueran propietarios— a aumentar sus ingresos cayendo en la condición de asalariados. En toda Europa se comprueba —en esa época— la existencia de verdaderas tropas de asalariados. Por tanto, se encuentran como componentes de la nueva situación campesina: precariedad del empleo y estrechamiento de los vínculos de dependencia. Los contratos de aparcería, las concesiones de tierras a explotar, conocían términos precarios porque de tal manera podían modificarse las cargas a que se obligaba al campesino. Por entonces se afirman nuevas formas serviles. Hay un endeudamiento general del campesinado. Para librarse de él se recurrió a numerosos arbitrios, sobre todo, a la venta de las rentas rústicas que se comprometían con tal de evitar el flagelo de la usura. A pesar de ello, a fines del siglo XIII, lombardos y judíos pululaban en el campo, imponiendo intereses del 30 al 40%. Numerosos documentos testimonian los pleitos consiguientes y sus penosas consecuencias: el embargo, la huída, el vagabundeo, la delincuencia.

El endeudamiento caía no sólo sobre los campesinos sino también sobre algunos linajes señoriales. “En el cuadro tradicional de la pobreza rural han aparecido nuevos rostros” [p. 209]. El vocabulario es significativo, representa la pauperización del campo. Al antiguo vocablo *pauper* se agrega uno nuevo, *depauperatus*.

Importa conocer el número de esos pobres antiguos y recientes. Para ello hay que recurrir a las listas fiscales. Hay un límite que está constituido por la clasificación de “pobre fiscal” pero el *minimum* varía según los lugares. Otra dificultad para entender el alcance de esa pobreza es la de conocer el número de miembros que constituía un “feu” o “foyer”. Las ciudades italianas determinaron equilibrar las cargas según la riqueza o pobreza de los miembros de la ciudad. Por supuesto es necesario interpretar esos catastros realizando la diferenciación —respecto de los pobres— entre indigentes y pobres trabajadores: los *miserables* y los *nihil habentes*. Los *censiers*, por su parte, evalúan el número de pobres rurales. Estos cálculos son muy importantes puesto que en el siglo XIV hay una modificación de la condición de los pobres, modificación que tiene una enorme significación social. “El pobre sentía, de tal manera, la necesidad de justicia y de seguridad” [p. 218]. La sociedad trataba de solucionar los problemas de los pobres por medio de instituciones de caridad, que distribuían limosnas de carácter *standard* que si se traducen en calorías alimenticias implica un nivel bajísimo. Esta caridad se expresaba en listas que sólo comprendía a los miserables pues los pobres laboriosos no se inscribían en ellas. De tal manera nos dan una idea no muy cierta de la situación ciudadana. En el siglo XIV la institución del hospital —surgida de mandas testamentarias y

Florenia (1378), los *Tuchins* en el Languedoc (1363-82), Flandes (1382), Inglaterra (1382), los *Maillotins* en París (1381-2), la *Harelle* de Normandía. No quedó exceptuada Alemania donde, desde 1370, se produjeron movimientos contra los miembros de la *Richerzeche*. En Cataluña se levantaron los *payeses de remensa* y en Hungría el movimiento husita nucleó a gran número de pobres.

Todos estos movimientos están testimoniados por escritores que en general no demuestran simpatía por ellos. En algunos hay asomo de comprensión, en todos asombro ante esa generalizada oleada de furia vindicativa. Hay que insistir sobre el carácter pasional de estas acciones que se unen con objetivos de corto alcance y de escasa perspectiva.

Michel Mollat señala tres fases en los movimientos de agitación en los cuales “los pobres eran actores o comparsas, a menudo manejados, en ocasiones beneficiarios, víctimas siempre” [p. 271].

El primer momento es el protagonizado por la pobreza laboriosa. Los mendigos son escasamente mencionados y aparecen como una consecuencia de las perturbaciones. Los ejemplos pueden buscarse en el tumulto de los *ciompi* y de los *ongles bleus*.

El segundo momento está caracterizado por el parasitismo de los truhanes respecto de los pobres. La acción de los predicadores fue muy importante. La tercera etapa implica la frustración de los pobres luego de haber sido explotados y descaminados. Se plantea el problema de los jefes, algunos trabajadores, pero en general burgueses ricos o aristócratas.

Michel Mollat hace luego un ensayo de censo de los pobres, en este período se aprecia un aumento entre 1350 y 1500, un desplazamiento del pauperismo desde el campo a la ciudad, las interferencias de la coyuntura que velan las causas estructurales.

Las pobrezas urbana y rural aparecen ligadas pero algunos estudiosos como B. Geremek consideran que en el campo se encuentran las raíces profundas del pauperismo, “aunque los dramas más espectaculares se desarrollan en las ciudades” [p. 287]. Los pobres del campo se cuentan como trabajadores de ciertos gremios y actividades: en el sector vitivinícola, entre los molineros, los cesteros, los fabricantes de escobas y de escudillas, los pequeños carpinteros. . . . Pobres también son los trabajadores de la sal y las gentes de mar que pueblan los lugares costeros. A esa pobreza evidente, Michel Mollat agrega la pobreza de la aristocracia rural y la de los clérigos.

Analiza luego el ámbito ciudadano como lugar de encuentro de diversas miserias. Un grupo que siempre está en el umbral de ella es el constituido por quienes alquilan su esfuerzo por jornada. En las ciudades forman barrios que, sin estar segregados totalmente, expresan bajo nivel de vida aunque no pueda precisarse cuál era el monto que la determinaba, en todo caso habría que establecerlo para cada ciudad en particular y en relación con los precios de la alimentación y del alojamiento. Muchos de esos pobres de la ciudad provienen del campo y ofrecen un trabajo no calificado.

Interesa destacar lo que dice Michel Mollat: “Era una pobreza discreta, inclu-

so secreta, constituida por una mala nutrición crónica, por dificultades de alojamiento y de vestimenta, sin esperanza ni consuelo, privada en la mayoría de los casos de la asistencia acordada a las formas espectaculares de la indigencia de los mendigos, de los vagabundos y de otros marginales” [p. 296].

Pero además, la ciudad contaba con una población flotante en que la miseria se unía a diversas formas de degradación y criminalidad: parásitos y marginales de diverso tipo. Entre ellos pueden contarse las mujeres que —debido a los bajos salarios femeninos— se volcaban a la prostitución. Había pobres sin profesión fija que eran particularmente temidos, los que no tenían domicilio fijo, los vagabundos. A ellos se agrega, hacia 1416, el desplazamiento de los bohemios o gitanos desde la Europa central. Todos eran sospechosos aunque la vida errabunda de muchos de ellos obedecía a la búsqueda de trabajo.

En este período asistimos al deslizamiento claro y definido desde la posición defensora de los pobres a la desconfianza e incluso a la indagación coactiva. Período que —al presenciar las conmociones populares— se mueve entre la sospecha, la desconfianza, el temor. En la base de todo ello hay desdén por la pobreza que se subraya con el humanismo. Sin embargo la angustia que por su salvación siente el hombre de fines de la Edad Media hace que se vuelva a la reflexión sobre la caridad que es en suma una caridad interesada puesto que tiende a ese objetivo soteriológico.

Esa misericordia se expresó en múltiples formas de limosna: las limosnas personales ya fueran limosnas manuales (las más comunes) o limosnas *post-mortem*, las limosnas de cofradías, las que emanaban de los príncipes. Esa misericordia —cuando se canalizaba a través de los hospitales— sufrió por la mala administración de estas instituciones que con mucha frecuencia se tomaban como prebendas y beneficios. La Iglesia —auxiliada por los poderosos laicos— trató de procurar eficacia y efectividad a esas funciones. Los príncipes no sólo se preocuparon por su funcionamiento sino también reflexionaron acerca de los deberes del Estado en relación con los pobres como don Pedro de Portugal en su tratado de la *Virtuosa Beinfeitoria*. Aparecen en todos los países europeos las llamadas *Tablas de pobres*, de organización y administración laica. Fundaciones que comienzan a realizar el préstamo como un medio más noble y elevado de arrancar a los pobres de su penuria. El siglo XV ve aparecer instituciones de crédito ya firmemente estructuradas y expresadas en los *montes de piedad*. Se dieron en especial en Italia pero se conocieron en toda Europa. Un tipo particular de estos bancos de préstamos fueron los *Monti frumentari*.

La reorganización de los hospitales que las autoridades realizaron para que se lograra una mayor eficacia, llevó a la concentración de la institución hospitalaria que se expresó en los grandes hospitales y en la especialización de cada una de sus unidades (dedicadas a locos, leprosos, a gente de mar, a judíos conversos, a ancianos, a parturientas, a hospicianos. . .).

Desde mediados del siglo XIV se abre paso con fuerza la idea de que la caridad debe merecerse. De allí la diferenciación de mendigos impotentes de valerse por sí mismos y los mendigos válidos que se confunden con ociosos y vagabundos.

De allí la coacción al trabajo de éstos, trabajo forzado a veces pues llegaba a convertirlos en galeotes.

La obra de Michel Mollat es trabajo de largo aliento, significa el esfuerzo, el acopio y la meditación de años de labor. Obra señera respecto de uno de los temas de historia social que ha ocupado de preferencia la atención de los historiadores en los últimos años. No es sólo obra expositiva sino que llama a la reflexión e indica las divergencias o diversidad de opiniones que se han vertido sobre ciertos aspectos del tema.

Obra madura y fundamentada que resume lo que se ha trabajado al respecto hasta ahora y señala los caminos todavía no transitados o mal conocidos.